

# Un testimonio de la Guerra Civil Española. Ana Pibernat: *Mis memorias*

A Spanish's Civil war testimony. Ana Pibernat: *My memoirs*

Amparo Hurtado

Universitat Pompeu Fabra.

Recibido el 20 de marzo de 2000.

Aceptado el 17 de marzo de 2001.

BIBLID [1134-6396(2000)7:2; 439-459]

Las memorias de Ana Pibernat, hasta hoy inéditas, son un testimonio autobiográfico sobre la guerra civil española, escrito por una mujer, enfermera de guerra, en este caso. La guerra civil constituye, específicamente, uno de los principales capítulos de la literatura española de la memoria. Aquella fue la guerra que inauguró convertir a la población civil en otra víctima más: “El pueblo de la República española —escribió la entonces corresponsal de guerra Martha Gellhorn— fue el primero que sufrió la despiadada totalidad de la guerra moderna”<sup>1</sup>. Parece casi innecesario señalar que, después de aquello, se han publicado —y aún se han de publicar— numerosas autobiografías, memorias, historias de vida, epistolarios y diarios, ciñéndonos al género autobiográfico, cuyas páginas prestan testimonio de las experiencias del autor durante la guerra civil y la inmediata posguerra, para contribuir con ello, entre otras cosas, a su completo conocimiento histórico. En este sentido, la reciente denominación de *egodocumentos*, propuesta para este tipo de textos, ha resultado especialmente adecuada por subrayar, con justeza, los elementos centrales de este modo de escritura: historicidad frente a fabulación —*documento*— y, aún así, subjetividad —*ego*—<sup>2</sup>. Las memorias que ahora publicamos, un egodocumento en el sentido recto del concepto, ofrecen, a pesar de su brevedad, ese doble nivel de lectura: como fuente histórica, por la infor-

1. HELLHORN, Martha: *El rostro de la guerra*. Madrid, Editorial Debate, 2000, p.14.

2. ESPINET, Francesc: *Teoria dels egodocuments. La literatura del jo i la història*. Barcelona, Llibres de l'Índex, 1994, pp.14, nota 10, 20-21, 65.-*Noticia, imatge, simulacre. La recepció de la societat de comunicació de masses a Catalunya, de 1888 a 1939*; Bellaterra, Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, 1997, pp. 21-33.

mación que contienen; y como acto de escritura, por la construcción de la identidad del YO, resultante del texto. Escritas por una mujer, enfermera de profesión, pertenecen, además, a la escasamente conocida *autobiografía popular*<sup>3</sup>. En la presente introducción, vamos a presentar, primero, a la autora y, luego, una descripción del texto.

La autora, Ana Pibernat Caner (Anglès 1920), pertenecía a una familia trabajadora de pequeños industriales zapateros, de ideales republicanos. En su casa la impulsaron a estudiar, aunque fuera una mujer, para que pudiera ganarse su independencia económica. De este modo, tras aprobar el bachillerato elemental, obtuvo el título de enfermera, en Gerona, en 1936, recién cumplidos los dieciséis años. Soñaba con llegar algún día a estudiar medicina. En julio de ese mismo año, al estallar la guerra, se presentó como enfermera voluntaria en el hospital militar de Gerona y, a partir de entonces, su existencia siguió la misma trayectoria que los hospitales militares de los frentes de la República en Cataluña: Tarragona, Valls junto a la primera línea del frente del Ebro, varios pueblos de Barcelona y Gerona durante la retirada, la frontera pirenaica, y, finalmente, los campos de concentración en Francia. En 1940, ella y otras dos enfermeras catalanas, también refugiadas en Francia, fueron repatriadas a España: “A pie, atravesamos el puente que dividía Hendaya de Irún. Nos pareció larguísimo (...). Al llegar al final del puente, empezamos nuestro bautizo de rojas”. Unos años más tarde, en 1945, se casó con Ricardo Amils, químico de profesión, y tuvieron un hijo y una hija.

Medio siglo después, poco más o menos, Ana Pibernat consideró que quizás había llegado el momento de recordar aquellos sucesos. Según explica en una entrevista mantenida recientemente con ella<sup>4</sup>, cuando se casó, le prometió a su marido no volver más a hablar de política: “en adelante, sería la señora Amils, exclusivamente”. Cumplió su palabra durante cuarenta y tres años de feliz matrimonio, afirma. Pero, al quedarse viuda, prosigue durante la entrevista, “resucitó Ana Pibernat”: quería hablar de la guerra civil, de sus amigas y de ella misma, el grupo de jóvenes enfermeras republicanas, cuyo rastro parecía haber desaparecido: quería escribir sus memorias. El incondicional apoyo que prestó a este proyecto de escritura Capi Corrales, una profesora de matemáticas, íntima amiga de sus hijos y de su familia, todos ellos residentes en Madrid, decidió a Ana Pibernat a romper su largo silencio: al cumplir setenta años, se puso a escribir sus memorias.

3. AMELANG, James: *L'autobiografía popular. L'Avenç*, nº 188 (1995), pp.10-15. También reclama mayor atención hacia la autobiografía popular, en los campos de la historia y la crítica de la literatura, el ensayo de Shirley MANGINI: *Recuerdos de la resistencia. La voz de las mujeres de la guerra civil española*. (Traducción: Teresa KENNEDY). Barcelona, Ediciones Península, 1997, p.81-82.

4. Entrevista con Ana PIBERNAT. Barcelona, 18 de febrero, 2000.

El texto que publicamos, por tanto, lleva redactado unos diez años. La ya mencionada Capi Corrales ha hecho llegar a nuestras manos una fotocopia del original: un manuscrito, titulado *Mis Memorias*, narrado en 1ª persona, y compuesto por sesenta páginas, tamaño folio, numeradas y rubricadas al final del texto por su autora, Ana Pibernat, principal protagonista del relato. Aunque Ana Pibernat es catalana, vive en Barcelona y habla y escribe normalmente en catalán, sus memorias están redactadas en castellano. Preguntada durante nuestra entrevista a este respecto, contesta que también tiene copia de sus memorias en versión catalana, traducidas por ella misma. No obstante, asegura que la versión original del texto fue la escrita en castellano. Todo parece indicar que su opción idiomática se debe a que, al escribir sus memorias, se dirigía en primera instancia a destinatarios cercanos, de habla castellana, un público más o menos conocido y familiar (como en parte podría deducirse del “vosotros” que en ocasiones aparece enunciado de forma explícita en sus páginas). No obstante, tampoco cabe afirmar que excluyera llegar a ser leída por un público más amplio, aunque más abstracto<sup>5</sup>.

La escritura de estas memorias responde al propósito de “dar a conocer a una serie de mujeres jóvenes, enfermeras de guerra, que vivieron intensamente nuestra guerra civil en diversos hospitales de primera línea”, dice la autora. “Entre ellas me cuento yo” —añade— “pero muchas perdieron la vida”. Durante la entrevista, afirma que, en su opinión, por ser mujer le ha sido denegado el reconocimiento del grado de suboficial, que le fue concedido por méritos de guerra: “Por lo visto —ironiza— en nuestra guerra civil sólo intervinieron hombres”. En diversas páginas del texto, reitera esa misma intención de rescatar la memoria de sus compañeras, las jóvenes enfermeras republicanas. A veces, se expresa con contundencia: “Por más que la historia narre nuestra guerra civil y la retirada, solamente los que la vivimos hasta sus últimas consecuencias podemos testificar esta horrorosa tragedia”. Escribir sobre aquella época, sin embargo, ha significado revivirla dolorosamente: “relatar nuestra guerra civil es de lo más cruel que me haya ocurrido”. Puede decirse que, en cierto sentido, al escribir sus memorias cumplía con la obligación de declarar sobre la guerra civil, como testigo directo, sobreviviente. De ahí, también, el imperativo de ser veraz: “estas memorias las he escrito con sencillez y sinceridad” asevera al concluir el texto. Insiste en ello durante la entrevista: “mis memorias son auténticas”. Son palabras relevantes porque ponen de manifiesto el compromiso de veracidad de la voz narradora, que es donde se juega realmente la identidad de la escritura autobiográfica. Como ha observado el profesor Philippe Lejeune, “una autobiografía no es

5. Así, por ejemplo, su manuscrito ha podido ser consultado y citado como fuente documental por la historiadora Mary NASH: *Rojas. Las mujeres republicanas en la guerra civil*. Barcelona, Taurus, 1999, pp. 215, 217, 223.

cuando alguien dice la verdad sobre su vida, sino cuando dice que la ha dicho”<sup>6</sup>.

El relato se centra en las experiencias vividas por la autora durante la guerra civil, como enfermera, y después de la guerra, como refugiada. De su vida, Ana Pibernat escribe, casi exclusivamente, lo ocurrido desde que, en julio de 1936, se alistó como voluntaria en el hospital de Gerona, hasta finales de 1940, poco después de verse obligada a regresar a España, repatriada desde Francia. El tiempo narrado se delimita a aquellos cuatro años de su pasado, 1936-1940, “la etapa más importante de mi vida”, según dice. El desarrollo de los acontecimientos está estructurado cronológicamente, como es canónico, pero la autora sólo cuenta lo que presenció ella misma, de modo que, al estar siempre presente, la intensidad de la acción parece incrementarse. Nos hallamos, sin embargo, ante una relación de la guerra en la que no se suceden batallas y generales, sino intervenciones quirúrgicas, enfermedades, bajas, y un herido tras otro. Ellos son los protagonistas de estas páginas, junto con los médicos, muchos de las Brigadas Internacionales, y las cinco enfermeras militares, que destacan en primer plano: Elena, Juana, Antonia, Angelina y Ana, la autora. Justo es señalar, llegados a este punto, que el sentido del humor de esta última también vertebra sus memorias. En estas memorias causa admiración no sólo la falta de victimismo de la autora, entre otras cosas, sino la valerosa alegría de vivir que opone contra las dramáticas circunstancias, su lucha por la vida.

En la transcripción del manuscrito, de más está decirlo, hemos reproducido con la mayor fidelidad posible el texto original. Como es usual en la edición de textos modernos, hemos llevado a cabo una corrección de sus páginas, aunque nuestro primer objetivo ha sido, en todo momento, trasladar la forma que tiene la autora de decir las cosas, o de no decir las cosas, esto es, su propio estilo. Ella ha preferido, por ejemplo, no hacer constar los apellidos de la mayoría de las personas que aparecen en sus memorias, porque “no recuerda ninguno”, dice durante la entrevista, o “por si acaso”, decisión que hemos respetado. Se encontrarán en el texto, por otra parte, algunas peculiaridades lingüísticas, la mayoría, interferencias léxicas y morfosintácticas entre el catalán y el castellano, que desde luego hemos conservado, porque reflejan una forma real de hablar, sumamente expresiva, en este caso. A fin de facilitar la lectura, en cambio, hemos considerado necesario evitar la confusión, a menudo de origen fonético, entre algunas preposiciones, como *a/en*, *por/para*, etcétera; del mismo modo que, en la correlación temporal, vacilante a veces, hemos ajustado el tiempo del verbo, cuando nos ha parecido imprescindible. En todos los casos, hemos indicado entre corchetes las interpolaciones

6. LEJEUNE, Philippe: La sincerité. Journal. *Autrement*, nº 18 (1995).

editoriales. La cualidad de estas páginas reside en que son verdad; cuentan lo que la autora vio durante la guerra civil española, y, al mismo tiempo, permiten conocer la extraordinaria personalidad de la autora, Ana Pibernat, una joven enfermera de guerra, que en aquellas circunstancias supo ser ejemplarmente valiente y generosa.

### *Ana Pibernat: Mis memorias*

Con recuerdos vagos y lejanos, aunque algunos imborrables a pesar de los años, intento escribir estas memorias para honrar y valorar una parte de mi vida que, a pesar de mi tierna juventud, la dediqué a una causa que a cientos y miles de españoles nos pareció que valía con creces la pena: la lucha por la libertad.

Nací en Anglès, un pueblo de la provincia de Gerona, el 17 de enero de 1920, en el seno de una familia numerosa (siete hermanos). Además de mis padres, también vivían con nosotros dos de los tres trabajadores que, junto con mis padres, eran el total que trabajaba en el taller de una zapatería artesana. Digo mis padres, ya que mi madre, sentada todo el día en su máquina, era la que confeccionaba los empeines, que más tarde quedaban moldeados según los modelos de los zapatos.

Mi padre, trabajador infatigable y con una energía fuera de lo común, se hizo a sí mismo, sin enseñanza alguna, ya que quedó huérfano con tres hermanos, y salieron adelante con lo que a cada cual le deparó el destino. Mi padre, con su carácter y su firme voluntad, aprendió a leer y a escribir, “y además” (nos decía en plan humorístico) “las cuentas, ya que sin cuentas un negocio no sale adelante”. Formó un negocio, una familia y, por encima de todo, una biblioteca, que era la admiración de todos sus amigos. Su verdadera pasión era la política y en ella nos educó.

Mis estudios en el pueblo, en la escuela pública, transcurrieron inmejorables hasta los catorce años, que terminé el bachillerato elemental. Mi pasión era estudiar medicina, pero en aquellos años una mujer no tenía muchas oportunidades, así que, a pesar de que mi profesora me aconsejaba que cursara magisterio, ya que según ella tenía dotes para la enseñanza, a los catorce años empecé en Gerona mis estudios de enfermera. Con el grado de bachillerato elemental era suficiente con dos cursos más (que era lo que duraba) para obtener el título de enfermera.

Aquí es donde empieza la etapa más importante de mi vida. Transcurría el verano de 1936. (Había llegado) a mi casa con los cursos aprobados, a la espera de la convocatoria para el examen final, que sería a finales de julio. Con las amigas y mi hermana (estábamos) celebrando una verbena, (cuando) nos viene a buscar nuestro padre y nos dice: “Vamos para casa. Ha estallado la revolución. España está dividida en dos bandos. Barcelona está en manos del ejército fascista, pero se está luchando calle por calle. Lérida,

Tarragona y Gerona no se han entregado, y la mayoría permanece al lado del gobierno de la república. Del resto de España poco se sabe”.

Tenía dieciséis años. En aquellos tiempos (en) que la mayoría de edad no te la concedían hasta los veintiuno era, por tanto, una adolescente. En la mirada de mi padre comprendí el dolor y la rabia ante la impotencia de los hechos: “Yo soy mayor para luchar. Sólo vosotros, los jóvenes, podéis salvar España”.

Los primeros días fueron de una gran confusión ya que en Cataluña poco se sabía del resto de España. En Barcelona, ya por fin, se rindieron los rebeldes, y empezaron a organizarse los primeros grupos de voluntarios. Fueron llegando noticias sobre la situación de las provincias que permanecían fieles al gobierno de la república: norte de España, centro, Asturias, Valencia, parte de Aragón y Cataluña estaban (en) el bando de la República. El resto de España, las islas Baleares y las Canarias estaban en manos del ejército fascista, y muy pronto tomó el mando el general Franco.

Me presenté (en) el hospital militar de Gerona donde se reclutaban los voluntarios de sanidad y nos empezaron a enseñar las prácticas de primeros auxilios en el frente. Por las mañanas, prácticas en las salas, donde ya había algunos heridos; y por las tardes, detrás del hospital militar hay una montaña y allí iniciamos las primeras prácticas de auxilios en el frente de batalla.

Si se tiene en cuenta que todavía no había ejercido, ya que durante los estudios de enfermera sólo teníamos prácticas dos días a la semana en el hospital civil (y consistían en aprender a hacer vendajes, hacer las camas y poner inyecciones), las prácticas en la montaña nos sorprendieron a todos ya que muy rápidamente nos enseñaron cómo rescatar un herido y, si se había producido traumatismo, cómo, con un palo o incluso con el mismo mosquetón, podíamos inutilizar el miembro; cómo, con un trozo de tela, aunque fuera de tus enaguas, y un bastón sirviendo de torniquete, cortabas una hemorragia; cómo improvisar, con dos palos largos y cordeles, una camilla, etcétera, etcétera.

Llegaban noticias de las primeras luchas en el frente. El frente más cercano era Teruel, ya que Zaragoza había sucumbido a los fascistas.

Las prácticas en el hospital militar de Gerona duraron hasta finales de setiembre de 1936 y mi primer destino fue el hospital militar de L’Escala (Gerona) donde había emplazadas unidades de artillería de costa, ya que por entonces el Canarias había bombardeado Barcelona. En noviembre de 1936, sale una orden de militarización de las enfermeras de guerra. Nos convocaron en Barcelona y, después de un examen en Sanidad de Guerra (Diagonal, 401), nos dan el título de enfermeras militares. Mi primer destino sería el hospital militar de Tarragona (sede el colegio La Salle).

Mis recuerdos de aquel hospital quedaron grabados en mi mente joven, para siempre. Empecé a comprender el horror de una guerra, sin saber por qué morían a diario jóvenes como yo. Los bombardeos civiles (eran) cada día más intensos ya que Tarragona era un puerto muy importante estratégi-

camente y, además, (aunque) recibíamos ayuda de nuestros aliados, los depósitos de Campsa para abastecer los frentes, llenos a rebosar, eran uno de sus objetivos constantes. Trabajábamos sin cesar, ya que, además de nuestro turno de trabajo, que era muy duro, después de cada bombardeo salíamos con las ambulancias a recoger heridos civiles o bien restos humanos, esparcidos por doquier.

Uno de los bombardeos que más tristes recuerdos me dejó fue en el que murieron dos de mis compañeras de quirófano. En medio del patio central había una cruz roja pintada, que creo que debía verse desde el cielo, pero los fascistas no se enteraban. Era nuestro turno de comida y para dirigirnos al comedor teníamos que cruzar el patio central. Íbamos las tres hablando, cuando de repente pasa un avión y arroja una bomba en el medio del patio. Estábamos agachadas detrás de un seto de metro y pico, cuando de repente me levanto y las veo a las dos inmóviles: una, sin aparente herida, la metralla había agujereado sus pulmones. La otra todavía con vida. La ingresamos (en el) quirófano; pero todo fue inútil. Tenía todos los intestinos reventados. Luisa, joven y llena de vida y juventud. Pepita, más mayor, con una valentía y un coraje dignos de recuerdo. De las tres, me salvé tan sólo yo. Sangraba del oído derecho, pues el impacto de la explosión me había reventado el tímpano. Desde entonces sólo oigo del oído izquierdo.

Los frentes (eran) cada día más extensos, y los trenes (llegaban) abarrotados de heridos. Ya por fin, trasladaron el hospital a las afueras de Tarragona, al pie de la vía férrea, lejos de los bombardeos diarios, y donde la llegada de los heridos y evacuación de los mismos era tarea mucho más fácil, ya que (en) el anterior (a) los heridos tenían que trasladarlos, desde el tren al hospital, en ambulancia.

El nuevo hospital militar, llamado La Sabinosa, había sido hasta entonces un sanatorio antituberculoso infantil. Era inmenso. Se componía de pabellones de una sola planta (claros, alegres, ya que daban todos cara al mar), menos el pabellón central, que era de tres plantas. Allí instalaron los quirófanos y los servicios de ingresos y salidas de los heridos, además de otros servicios y el control de todo el hospital.

Quisiera honrar la memoria de tantos médicos extranjeros que con su valiosa ayuda colaboraron con sus técnicas más avanzadas en cirugía. En este hospital se practicó el sistema (a) los heridos con traumatismo que más tarde, en la segunda guerra mundial, haría famoso (a) nuestro recordado Dr. Trueta: la cura al aire libre.

Había un pabellón dedicado a estos heridos y cada mañana se descubría el techo de lona, que se corría igual que un cortinaje, y así, al aire libre y con el sol y el aire, consistía su curación. En esta sala había heridos por explosión de balas dum dum, que fueron usadas por los alemanes, (a los) que les faltaban los músculos glúteos y por este sistema la carne iba creciendo poco a poco. (A) algunos de ellos, con las caderas destrozadas, después de ingresarlos se les agujereaba la parte donde estaba la herida y ésta quedaba al aire libre. En este pabellón se cambiaba muy a menudo el turno ya que

era difícil soportar el hedor de las heridas, que supuraban y se formaban gusanos. Todos los nombres de estos médicos se han borrado de mi memoria; pero no su trabajo y abnegación, pues en cirugía hacían verdaderas obras de arte.

Gracias a su técnica, vi por primera vez una operación de pulmón, destrozado por la metralla; (vi) practicar el sistema que aquí en España, más tarde, después de la guerra, se pondría en práctica a los enfermos de tuberculosis, la plastia, que consiste en cortar y eliminar las costillas adheridas al pulmón afectado; al desprenderse, el pulmón se encoge y cierra las heridas. Gracias a la plastia sobreviven miles de enfermos de tan terrible enfermedad.

Quisiera comentar como caso curioso una de las muchas operaciones realizadas, que dio un resultado feliz.

(A) un soldado en el frente, chófer de una ambulancia, cuando se disponía a subir, teniendo un pie arriba y el otro todavía en el suelo, una bala le destrozó por completo su miembro viril. Ni que decir tiene que, cuando ingresó en el quirófano, los médicos no daban muchas esperanzas de salvación. Ya la hemorragia había sido imposible detenerla, tratándose de una parte del cuerpo tan difícil. Con transfusiones, y gracias a su resistencia física, pudieron empezar la primera parte, ya que aquel miembro destrozado por completo requería varias intervenciones, y en fases distintas. Tratándose de un herido fuera de lo común, los médicos pusieron (en él) todo su saber, pues no se trataba de salvarle la vida, sino, además, que aquel miembro vital para el hombre volviera a funcionar.

Todo el hospital no hablaba de otra cosa ya que los cirujanos habían puesto un empeño grande, sin saber los resultados. Lo tratábamos con un cariño especial, hasta el punto de que era nuestro niño querido. Necesitaba unos cuidados especiales, y me convertí en su madre pues, (de) tanto llamarme "mamá, mamá", decía que él era "mi hijo de guerra". Cada intervención era una obra de arte, y siempre pendientes del resultado. Era un chico muy nervioso y cuando sentía los bombardeos se asustaba un horror. En uno de estos bombardeos, en una tremenda crisis de nervios, empieza como siempre a gritar "mamá, mamá", acudo a su cama y atónita me quedé: el pene, aun dentro de su vendaje, empezaba a ponerse en erección. Mi primera reacción fue ponerme a gritar, ya que era el milagro que los cirujanos esperaban. Y así continuó: cada vez que bombardeaban, con los nervios y el miedo se ponía cachondo.

Se iba recuperando día a día y por fin le (plantearon) la última prueba del éxito del trabajo de tantas horas. Consistía en usar su miembro, pero con el contacto sexual con la mujer. No sé si a vosotros os parecerá gracioso, pero la cara de susto que puso Juan, que así se llamaba "mi hijo de guerra", cuando le explicaron que le acompañaban a Tarragona para que fuera a una casa de placer, a probar su miembro, era para morirse de risa. Además le advirtieron que el primer contacto podría ser muy doloroso, pero (que) era una experiencia que tenía que

pasar para saber si todos y cada uno de los miembros que le recompu-  
sieron cumplía su función.

Le llevaron a una torre donde las chicas públicas de Tarragona (habían  
montado) su negocio, en las afueras de la capital, para trabajar más tranqui-  
las. Todo el hospital pendientes del suceso como si se tratara de su noche  
de boda: ¡y, milagro, funcionó! Una vez más la ciencia había devuelto a la  
vida a un hombre destrozado por una guerra cruel que nadie quería.

La convivencia con todos los compañeros del hospital era inmejorable.  
Todos nos parecíamos a todos y (por) lo que a mí se refiere nunca llegué  
a pensar que entre nosotros había compañeros de otras ideologías. Pero así  
era. Dentro del cuerpo de sanidad era muy fácil camuflarse; desde luego, no  
dejo de comprender que había casos con sentido común, (pero) otros era un  
verdadero enchufe, y así nos fue todo.

Voy a contaros un caso insólito que me ocurrió y que pudo traerme  
consecuencias nefastas. Cada semana nos cambiaban de sala y turno. El  
horario era de ocho horas, mañana, tarde y noche, y así íbamos turnando dos  
semanas de día y a la tercera de noche. Había un pabellón destinado a los  
heridos que caían prisioneros y entre ellos había de todos los cuerpos y  
graduación. Como es de suponer, había guardia permanente para su custo-  
dia, pero el trato como heridos de guerra era humano y cariñoso.

A mí siempre me ha gustado la música, en especial los himnos de los  
soldados de cualquier batallón y estando al cuidado de estos prisioneros  
aprendí de ellos algún himno italiano y también el *Cara al sol*, que era el  
que entonaban los nacionales. Un día, me avisa un compañero, muy estima-  
do por mí: "Ana, vete con cuidado pues te están vigilando, ya que creen que  
tu trato con los prisioneros heridos está fuera de lo común". Por poco me  
muero del susto. Por lo visto creían que yo era una espía a favor de los  
nacionales. Pasé por vigilancia muy severa y, desde luego, fue una expe-  
riencia muy amarga. Al fin pude demostrarles que mis impulsos eran deri-  
vados de mi juventud e inexperiencia.

Nuestros frentes se iban acercando. Habían caído en poder de los  
fascistas Bilbao y todas las provincias vascas. La retirada de las tropas y del  
personal civil fue cruel y espantosa ya que sólo podían retirar(se) por el  
mar, ya que estaban copados. Los supervivientes, civiles muchos, se queda-  
ron en Francia; pero los combatientes y el cuerpo de sanidad volvieron a  
España, a luchar de nuevo a nuestro lado. Entraron por la frontera catalana,  
ya que Madrid, Valencia y Cataluña eran nuestros. Todos los de sanidad  
vasca se incorporaron al 5º cuerpo del ejército que era al que pertenecíamos  
nosotros.

Voluntariamente, fui trasladada al hospital de 1ª línea, entre Flix y  
Ascó. El hospital no era otra cosa que el túnel del tren, que dividía los dos  
frentes. El trabajo duro y arduo, ya que sólo descansábamos, cuando podía-  
mos, para reponer fuerzas. Recuerdo una experiencia muy amarga que pasé  
al llegar al hospital. Bajamos de la ambulancia y cerca del hospital (túnel  
del tren) había una hilera de camillas, tapadas con mantas. Yo, creyendo que

eran heridos en espera de ser evacuados, los destapé con la intención de socorrerles con algo (si) les podía aliviar en aquel momento, y me quedé helada. Eran soldados que habían podido rescatar, todos muertos. Hacía unas horas se había librado un fuerte ataque. Lloré amargamente ante tal horror: ¡eran chicos de mi misma edad!

Relatar nuestra guerra civil es de lo más cruel que me haya ocurrido; se combatía con fe y coraje, pero sin engañarnos. Nuestros frentes, faltados de material, arrebatando, pues los nacionales recibían armamentos de Alemania e Italia. Los aviones bombarderos eran de mucha potencia, pues se preparaba ya la segunda guerra mundial y Hitler iba invadiendo poco a poco países de Europa.

Habían caído Extremadura y Teruel, que era lo único que nos quedaba de los frentes de Aragón. Fui trasladada al hospital militar de Valls. Valls (Tarragona) era un hospital ya casi de 1ª línea, pues los combates en el frente del Ebro (1938) (eran) cada día más duros, faltados de soldados preparados, ya que las quintas que iban reclutando eran de chicos muy jóvenes.

Como narro más adelante, nuestros frentes se debilitaban; pero no los de los fascistas, ya que (a) Hitler todos los combates le servían para probar toda clase de armamentos, y las ayudas internacionales eran cada vez, por nuestra parte, más difíciles. Aunque cuesta creerlo, emplearon armas como la bacteriológica, y así fueron infectadas las aguas del Ebro. Una prueba de ello es que, además de los duros combates, nuestros soldados caían enfermos de una terrible epidemia de tifus, y nuestro hospital de sangre se convirtió en hospital de infecciosos. No teníamos (medios) para combatir tal epidemia, ya que a diario ingresaban enfermos hasta rebosar las salas.

No había comentado anteriormente (que) hubo una orden de abandonar los frentes todas las Brigadas Internacionales y también nos afectó en sanidad. Muchos médicos y sanitarios tuvieron que abandonar su trabajo; pero uno que, por cierto, era alemán, gran urólogo y, además, huido de su país por culpa de Hitler, se casó con una enfermera española, y así pudo camuflarse y quedarse trabajando. Junto con los médicos (de) que disponíamos, se puso al frente de la situación. Con 40 grados de temperatura, y más, los metíamos en una bañera, sumergidos en agua fría, y al bajarles la temperatura empezaba el tratamiento. Poco había para combatir tal epidemia, (aunque) el Dr. Grosfeld con su tratamiento pudo salvar a muchos soldados, pero desgraciadamente no (a) los que carecían de defensas; las hemorragias intestinales eran imparables.

Nos vacunaron a todos y tomábamos toda clase de precauciones. Pero el contagio era inevitable. Enterramos en el cementerio de Valls a tres compañeras. Dos de ellas, vascas de Bilbao, habían sobrevivido (a) la pérdida del País Vasco y sucumbieron en esta terrible epidemia.

(En) nuestro frente del Ebro, diezmado, (se) iban retirando las tropas. A la altura de Tortosa, en un bombardeo volaron el puente. En dicho bombardeo, volaron en pedazos los combatientes en retirada que iban en las

barcazas. Se resistía en los frentes del cinturón de Madrid y Valencia, pero los nacionales (estaban) mejor preparados con la ayuda de los fascistas. Al revés de nuestros combatientes. La retirada de los diversos frentes del Ebro era imparable, y llegó el momento de la evacuación de los hospitales.

La anécdota que voy a contar, a pesar de lo trágico, en aquellos momentos no dejaba de ser graciosa, en cierto aspecto.

Evacuados los dos hospitales de Valls, quedaban, en un pueblo llamado el Morell, muy cerca de la 1ª línea, cuatro enfermos muy graves, que debido a su gravedad no era posible su evacuación. Me destinaron, junto con el Dr. Carreño y un sanitario, en espera de su fatal desenlace. En el pueblo ya no había nadie, ya que había el peligro de caer en manos de los nacionales, así que además de la impotencia ante la muerte de aquellos soldados, la angustia de quedarnos cercados.

De repente, llega un hombre con el rostro desencajado, pidiendo por favor ayuda al doctor pues su mujer iba de parto. Ayudo al doctor a recoger el instrumental y vamos corriendo detrás del hombre hacia su casa, no muy distante, ya que el pueblo era pequeño. Gracias a Dios, la mujer ya estaba dando a luz; pero era de vértigo asistir a un parto y las tropas nacionales pisándonos los talones. Era el primer parto que había visto y os juro que una fase tan maravillosa de la vida la viví de una manera espantosa, rogando a Dios que aquella madre y su hijo salieran felices del trance. Y así fue. (Tras) cortar el doctor el conducto umbilical y atarlo, la envolvimos en una sábana, (a) ella y su hijo, y con la ambulancia que nos esperaba pudimos escapar. No pudimos entrar en Valls pues estaba tomada por los nacionales.

El próximo hospital (al) que fuimos destinados fue el de Vilanova i la Geltrú y fue el último en que permanecimos tiempo, pues, a partir de entonces hasta la frontera, nuestro trabajo se reducía a evacuar heridos en trenes-hospital; pero, en una retirada imparable, aquello no tenía sentido. Cada vez se quedaba más gente camuflada; sólo continuábamos los que aún creíamos en un milagro, ganar la guerra. Todavía se combatía duramente en la defensa de Madrid y nos quedaba Valencia.

De hospital en hospital, evacuamos Terrassa, Barcelona, Mataró, Caldes de Malavella y Gerona. Por fin creí llegada la hora de quedarme, pues pocos quedábamos de nuestro equipo. Además, estaba en mi casa y creía haber dado de mí todo lo que podía dar. Así lo expuse al comisario después de la evacuación del hospital de Gerona, contestándome él si es que había olvidado que era militar y que hasta el fin de la contienda nadie ni nada podía abandonar su puesto.

Pedí permiso para despedirme de mis padres. Mi pueblo distaba sólo 17 kms. de Gerona y, en realidad, creía que iba a encontrar a mi padre desolado ante la realidad de los hechos. No fue así. Con una moral digna y convincente, me alentó para seguir adelante. Aún ahora recuerdo sus palabras: "Pasareis a Francia y nuevamente a la lucha, pues todavía nos quedan Madrid, donde la lucha es durísima, y Valencia. Tenemos que vencer al fascismo".

Me incorporé nuevamente a lo que quedaba de nuestro equipo y fuimos destinados al hospital de Figueres. El acoso de la aviación era constante. Fueron muchas las veces que, en medio del campo, tuvimos que improvisar puestos de socorro, pues eran cientos de familias, unas con carros, otras a pie, viejos, niños y mujeres, con hambre y miedo pues la aviación no cesaba de perseguirnos, camino del exilio.

La llegada al hospital de Figueres fue una visión dantesca, pues era tal la cantidad de heridos, evacuados de tantos hospitales, que improvisaron un almacén grandioso enfrente de la estación del tren. Humanamente era imposible atenderlos adecuadamente. Una situación desesperante. Aún ahora, al recordarlo después de tantos años, lloro pensando en la impotencia delante del dolor: cientos de camillas en el suelo, sin techo ni protección, pues el hospital estaba saturado; gritos de angustia y desesperación; y la aviación, sembrando con bombas incendiarias el hospital, sus alrededores, y toda la ciudad. Te cuentan el bombardeo de Guernica y te quedas sin habla; pero el acoso y la persecución (a) que fuimos sometidos hasta la frontera hay que escribirlo con letras muy grandes: criminales.

Dentro de la ciudad de Figueres no existía ninguna clase de tropa, pues nunca hubo combates, pero (estaba) el cuerpo de guardias de asalto, que eran los que escoltaban al gobierno de la república, que se habían trasladado desde Barcelona cuando la situación de retirada era inminente. También estaba el gobierno de la Generalitat, así que en Figueres estaba su escolta, que eran del mismo cuerpo. (Los guardias de) dicho cuerpo iban montados a caballo. El bombardeo era intenso; por doquier caballos muertos, guardias de asalto, gente corriendo y gritando, aterrorizados, la aviación sin parar. Era imposible socorrer o ayudar a nadie.

En una calle, acurrucada en un rincón, encontramos a una niña de dos o tres años, rodeada de muertos, que tal vez eran sus familiares, llorando y gritando, aterrorizada. La cogimos al ver que no quedaba nadie con vida y la rescatamos. Cogida del cuello, tiritando, no la podíamos consolar.

Volvimos otra vez al hospital provisional, pero ardía con los pobres soldados calcinados. Allí se quedaron nuestras pertenencias. Todavía intenté llegar a la sala de curas donde se había quedado mi abrigo, (pero) me quedé aterrorizada; sobre las camillas había dos cuerpos que se estaban quemando. Por más que la historia narre nuestra guerra civil y la retirada, solamente los que la vivimos hasta sus últimas consecuencias podemos testificar esta horrorosa tragedia.

Nunca me había asustado tanto y me cogió un ataque de nervios y empecé a gritar. Me dieron fuertes bofetadas para que reaccionara y un chico, que era muy buen compañero y, además, un convencido de la victoria, y que, por cierto, era el cocinero, me cogió de la mano y me dijo: "Esto se te pasará comiendo". Entramos en la cocina, que aún estaba en pie, cae muy cerca una bomba, y todos los platos, vasos y trastos de guisar nos caían encima (de) la cabeza. Nadie se movía, pues la primera impresión era que lo que nos caía encima era metralla. No me gusta la carne, pero el cocinero

me había preparado un chusco con dos filetes y, del susto que tenía, sin darme cuenta lo devoré.

Fue nuestra última comida, pues a medida que íbamos andando no encontrábamos nada que comer. Salimos de Figueres siguiendo (a) los que iban más adelante. Era como una peregrinación, muertos de frío, las carreteras deshechas y la vía férrea destrozada; así que no teníamos otra alternativa que seguir andando.

Era el día 1 de febrero de 1939. Ya llevábamos andando todo un día. Nos turnábamos a la niña que salvamos y, al llevarla encaramada a nuestras espaldas, la protegíamos del frío, incluso dormía a ratos. No sabíamos su nombre, ni si se había salvado alguien de su familia, pero no perdíamos la esperanza de podémosla quedar si no dábamos con su familia. Y si no, al menos ella habría sobrevivido (a) una tragedia tan espantosa.

El cansancio y el frío y el hambre se adueñaban de nosotros; éramos almas errantes, sin saber nuestro destino. Los que pudieron salir de Figueres en tren, antes de destrozarse la vía, lo tuvieron más fácil; pero, por carretera, la aviación no te dejaba tranquila, así que nadie conocía nada y todos nos preguntábamos dónde iríamos a parar.

En un pueblecito, (del) que no recuerdo su nombre, un grupo de soldados había encontrado un almacén lleno de cajas que decían: "Suiza, para ayuda a la infancia española". Descubrieron que estaban llenas de botes de leche condensada. Ya podéis imaginar la alegría que teníamos todos, pensando en que por fin podríamos alimentar a la chiquitina. El problema era poder abrir las cajas, que estaban amontonadas hasta el techo y muy bien precintadas. Alguien tuvo la idea de mover y estirar una del medio, para que se vinieran abajo todas las demás; ayudando todos, por fin pudimos estirar una, y las demás se cayeron. Afortunadamente, no hubo ningún accidente, pero mi zapatilla se quedó enterrada debajo de las cajas. Los soldados nos ayudaron a agujerear los botes y todos chupando leche condensada hasta quedar hartos. Las consecuencias fueron fatales: me produjo una diarrea que todavía hoy pago con una colitis crónica. La pérdida de mi zapatilla la solucioné con un zapato abandonado, tal vez de alguna víctima.

Por fin, el día 2 de febrero, llegamos al pueblo de Maçanet de Cabrenys. Delante, las montañas del Pirineo, llenas de nieve. Algunos, que habían perdido la familia por el camino, dudaban en tomar una decisión, pues todos estábamos desconcertados y extraños. En el pueblo no había nadie y, si había alguien, se había escondido; así que la decisión era de cada uno. Muchos, antes que nosotros, habían podido llegar motorizados, pues había un terraplén donde se amontonaban camiones, ambulancias, material de guerra, ropa, zapatos, todo cuanto os podáis imaginar, pero se habían equivocado de frontera y, como nosotros, tuvieron que abandonarlo todo y cruzar el Pirineo a pie. Nosotras, que íbamos ligeras de ropa pues lo habíamos perdido todo, nos vestimos con ropa de abrigo y Elena, que era la más valiente de las cinco, hizo un hatillo (para) resguardar a la chiquitina del espantoso frío.

De nuestro grupo sólo quedábamos cinco enfermeras y el chófer de la ambulancia, que era austriaco, pero en Figueras le destrozaron la ambulancia en el bombardeo y dijo que no nos abandonaría. De las cinco compañeras, dos eran de Bilbao, de las que entraron por Cataluña después de perder todo su país. Por cierto, Elena, después de un año y medio refugiada en Francia, se casó con un médico dentista y le otorgaron la custodia de la pequeña Elena. Así la llamamos nosotras.

No sé de dónde salió, pero apareció un hombre, que dijo ser guía y que se dedicaba a “pasar” gente. O sea, que me imagino que serían los nacionales los que pudieron salir hacia Francia. Nosotras le expusimos nuestra situación, que no teníamos nada de valor para pagarle pues sólo teníamos algo de dinero de nuestro gobierno. Al ver (a) cinco chicas jóvenes con una criatura sintió lástima y nos dijo que nos acompañaría hasta el límite del país vecino. No teníamos otra alternativa, pues Maçanet de Cabrenys no tiene más comunicación que las montañas del Pirineo, y volver atrás era ya imposible pues los fascistas habían cortado todas las comunicaciones.

El frío era intensísimo, todo nevado, (cuando) emprendimos la marcha. Nuestro compañero austriaco se decidió a acompañarnos. Elena, la más fuerte, (llevaba) la maleta de ropa para la chiquitina y los demás nos turnábamos llevando a la niña en la espalda, caminando entre la nieve hacia un destino incierto, ya que no sabíamos dónde iríamos a parar.

Se hizo de noche y el guía nos dijo que no podíamos andar más adelante pues había peligro de una caída. Desde la montaña, mirando hacia atrás, se veían los incendios en la ciudad de Figueres y cómo explotaban las bombas que la aviación iba soltando. Nunca pueden olvidarse estos hechos, por años que pasen. Como pudimos, encendimos una hoguera para calentarnos y, poco a poco, iban encendiéndose otras hogueras. Seguro que no las encendían (antes) por miedo a que nos viera la aviación y acabara con todos.

Cuando amaneció, emprendimos la marcha muertos de frío, miedo y hambre. Elena ya había abandonado la maleta, pues las fuerzas empezaban a fallar(nos). Llevábamos doce horas caminando por las montañas (cuando) el guía nos paró y dijo: “Ya podéis respirar tranquilos, estáis pisando tierra francesa”. Él se despidió de todos nosotros y, muy emocionado, nos dijo: “Os deseo mucha suerte, la merecéis por vuestra valentía. Todavía os quedan seis horas para encontrar la entrada a Francia, pues habéis ido a parar a la más inhóspita”. Nos miramos unos a otros, sin saber qué decir.

De repente, salieron de los alrededores grupos de soldados (que), cuando se encontraron sin carretera, optaron como tantos otros como ellos: tiraron los camiones al terraplén, y Pirineo adelante. Se habían perdido y llevaban más horas andando que nosotros. Entre todos nos juntamos y Elenita tuvo más espaldas para variar.

Las seis horas se convirtieron en muchas más pues las fuerzas nos fallaban; pero nos repetíamos sin cesar la consigna que hicimos servir durante la lucha: “¡adelante!”. A medida que íbamos llegando a la frontera,

éramos más y más, y todos nos ayudaban, pues nuestro caso era insólito, cinco chicas jóvenes y una niña, salvada en medio de tanta muerte. Por fin iba desapareciendo la nieve, y apareció un bosque con un camino, que conducía a una carretera.

Éramos cientos y cientos (los) que esperábamos ayuda y un milagro: que alguien nos diera algo que comer. Iban llegando camiones y nos repartieron pan blanco, que hacía tanto tiempo que no lo probábamos que nos pareció de algodón. Nos miraban una y otra vez: sucias, heladas y muertas de hambre, no parecíamos humanas. Unas aldeanas francesas, que debían vivir cerca de la frontera, trajeron plátanos y leche para la pequeña, que lo devoraba todo. Muchas familias, a pesar de tantos avatares, permanecían juntas. Más tarde, llegaron autobuses que iban transportando gente al primer pueblo y nos iban agrupando. En primer lugar, nos dieron comida caliente y esto nos animó mucho. Empezó la distribución y a poner un poco de orden ante (aquella) avalancha de gente que no esperaban. Los gendarmes, nada amables ni humanos, (nos) iban separando por grupos. Primero las familias, después las mujeres, por orden, y nos hacían subir (a los) autobuses que iban llegando. Debíamos estar alejados de la civilización.

Tras unos kilómetros entre montañas, por fin apareció el mar, una playa larguísima, y el pueblo, Argelès-sur-Mer. Así fue nuestro campamento: la playa, y, detrás de la arena, alambradas, para que nadie pudiera escapar; sin protección, sentadas en la arena, y vigiladas por soldados senegaleses, que nos daban miedo. En la misma playa, separados con alambradas, estaban los hombres. El frío era terrible y, al amanecer, vimos (a) mujeres que no habían podido resistir y habían muerto heladas. Nos habían separado de nuestro compañero austriaco, así que las cinco y la chiquitina, (dándonos) calor mutuamente, pudimos resistir aquella noche.

Nosotras (íbamos) escudriñando a la espera de los acontecimientos, pues no cabía en nuestra imaginación que tendríamos que permanecer (allí) mucho tiempo; la concentración de gente era cada vez más intensa y no había ningún control. A medida que iba oscureciendo, nos íbamos acercando a las alambradas y como la noche era muy oscura nos ayudó a la fuga; arrastrándonos como serpientes, pasamos las alambradas, que eran unas tiras de alambre espinoso, y nos pudimos escapar.

Cuando nos pareció que ya estábamos bastante alejadas de la playa, nos levantamos y apretamos a correr hacia unas luces, que veíamos a lo lejos, con la esperanza de llegar (a) algún sitio (donde) nos pudieran socorrer. Nos flaqueaban las fuerzas, pero, sin decirnos nada, sabíamos que era la única oportunidad que nos quedaba.

Las luces que veíamos a lo lejos eran (de) la estación (donde) había formado un tren, lleno de refugiados. Había familias, mujeres y gente mayor. Sin pensarlo ni un momento, subimos al tren, nos sentamos sin decir ni una palabra ni preguntar nada y, de cuando en cuando, pasaban unos gendarmes con una lista y, cuando llegaban delante (de nosotras), discutían entre ellos; por lo visto, no les salían las cuentas. *Je ne comprends pas*

decían enfadados. Nosotras como estatuas nos quedábamos, pensando que de un momento a otro nos detendrían por fugitivas. Volvían a señalarnos y los mirábamos con un movimiento de hombros, como diciendo: “nosotras no sabemos ni entendemos”. Volvían a contar y sólo iban diciendo: *Ce n'est pas possible!*. Por fin, llegaron unas chicas, que (eran) de la ayuda suiza a los refugiados españoles, y empezaron a repartir galletas y chocolate y leche en un envase de cartón. El mundo se nos abrió al ver que ya contaban con nosotras, pues hablaban con los gendarmes y ellas nos señalaban con insistencia (diciendo) que éramos jóvenes, además, con una niña tan pequeña, que, bueno, que nos enrolaran en la lista. Nosotras, rogando a Dios que arrancara el tren antes (de) que se dieran cuenta de nuestra fuga.

Por fin arrancó el tren y nos vimos salvadas. Ya no nos preocupaba dónde nos llevarían ni dónde iríamos a parar. Estábamos confortables y calientes, y nos habían alimentado. De cuando en cuando, el tren se paraba y por las ventanillas nos regalaban golosinas y leche. De verdad que dábamos pena, (tan) sucias y mal vestidas que nos miraban con cara de pena.

Si la retirada de nuestro país fue una tragedia, no era nada comparado con lo que nos pasaría al llegar al exilio. Pasábamos pueblos y ciudades muy bonitas y por fin se paró el tren al final de nuestro viaje. (Estábamos) en Fumel, departamento de Lot-et-Garonne. Bajamos del tren y, en fila, nos trasladaron (a) un gran almacén, donde (estaría) nuestra residencia.

En la puerta nos recibió una *madame*, que sería la que cuidaría de nosotras en cuanto (a) alimentación y alojamiento, ya que el gobierno de la república pagaba diez francos. El almacén lo dividieron en dos partes. En una parte estaban las familias, y en la otra, las chicas que no pertenecíamos a nadie, es decir, que estábamos solas. Nos repartieron unos jergones de saco, (que) rellenamos de paja, y una manta para abrigarnos, pero formamos una cama para dormir todas juntas y así resguardarnos mejor del frío.

A la mañana siguiente, la gente del pueblo nos trajeron ropa y zapatos. De una vez nos pudimos lavar y cambiarnos de ropa. Ya teníamos mejor aspecto. Nos dejaban salir muy poco, ya que constantemente los gendarmes venían a inspeccionar y, al mismo tiempo, nos repetían que éramos refugiadas y estábamos bajo su control. Con el tiempo, hicimos amistades, ya que en el pueblo había familias con raíces españolas y alguna vez nos invitaban a merendar.

No teníamos ni un franco para comprar nada, aunque algunos chicos nos compraban papel de escribir y sellos; pero nunca recibimos noticias de ninguna familia pues la frontera catalana permanecía cerrada ya que los maquis actuaban contra los fascistas haciéndoles sabotajes. Por fin acabó (aquel) largo, frío y triste invierno, pasado en un país nada acogedor, en donde nos encontrábamos muy solas y sin dinero.

Hicimos una asamblea para recoger iniciativas y propuestas y una de ellas fue ir a las autoridades del pueblo para pedir permiso para trabajar, aunque sabíamos que nos explotarían. Lo conseguimos: (a) algunas las aceptaron en un taller de confección, (a) otras, para limpiar como asistentes.

El marido y el hijo de la *madame* tenían una fábrica de alambres y construían alambradas. Tenían mucho trabajo, pues se empezaba a fortificar la línea Maginot. Nos admitieron a trabajar en su fábrica y no tardaron mucho tiempo en convertirla en fábrica de material de guerra, sobre todo fundas para proyectiles de artillería. Nos pagaban poco por un trabajo tan duro, pero ganábamos algún franco.

Íbamos conociendo (a) más gente y a la chiquitina le regalaban ropa y algún juguete, pues la gente se enteraba (de) que la habíamos salvado y no sabíamos si le quedaba alguien de familia. Las autoridades del pueblo se pusieron en contacto con la Cruz Roja y con el gobierno republicano en el exilio, para investigar el paradero de la familia, pero no aparecía nadie reclamándola, y nuestra compañera Elena ya la consideraba suya.

Un día nos propusieron ir a trabajar al campo para la recolección de guisantes, (de los) que, por cierto, no habíamos visto nunca ni una planta; pero nos pagaban más y era más divertido. Por la mañana, (en) un camión, nos venía a recoger el *monsieur*, dueño de tremendos campos de *petit-pois*; nos daban la comida y la merienda, por cierto, todo muy bueno, y, además, nos daban diez francos al día. Por la noche, nos devolvía al pueblo. La *madame* al principio se enfadó, pero el negocio para ella era mayor, así no le producíamos ningún gasto y sin embargo cobraba lo mismo.

Había transcurrido 1939. (A) muchas familias, dispersadas en diferentes campos de concentración, las fueron reuniendo. No pudiendo regresar a España por motivos políticos, algunos pidieron irse a Argentina, otros a México, a Venezuela, etcétera, y nos escribieron que habían sido bien acogidos. Nuestras compañeras de Bilbao se habían casado. Elena se casó con un médico dentista y le otorgaron la adopción de nuestra querida Elenita. Juanita, bilbaina también, se casó con un pastelero y, entre todos, formamos una gran familia.

Cumplí los veinte años. La (estancia) en el exilio era triste, pues al ser menores de edad, los gendarmes nos seguían a todas partes, recordándonos nuestra situación de *réfugiées*, (y) sin noticias de nuestras familias. Mis amigas confiaban (en) que pronto las reclamarían, pues ellas ya me contaban que sus familias no estaban implicadas en política; pero éste no era mi caso, pues estaba convencida de que o mi padre o mis hermanos habían caído prisioneros de guerra; en un año, no pudieron darme noticias de ninguno.

Por fin, solicité ser trasladada a Rusia. Aunque no lo he mencionado, había aprendido esperando, y durante los tres años de guerra (mantuve) correspondencia con el alcalde de Járkov, ciudad muy importante de la Unión Soviética, y en Francia continué escribiéndome con él y le conté mi situación; por cierto, su esposa me había enviado algún regalo. En una de sus cartas, me decía que me reclamaría para ser trasladada a Rusia como refugiada política. La espera se hacía larga. Por fin, en junio de 1940, recibí su última carta, diciéndome que ya faltaba poco para que los trámites quedaran ultimados. (Pero) a primeros de julio de 1940 llegó un comunica-

do de la Cruz Roja, reclamándonos, pues al ser menores de edad debíamos retornar a España. A los pocos días, nos repatriaban a todos los que no teníamos familia en Francia.

Entramos en España por la frontera de Hendaya, pues la frontera catalana permanecía cerrada. En un tren muy confortable, por cierto, atravesamos casi toda Francia hasta la llegada a la frontera vasco-francesa. Durante el trayecto, (se) iban incorporando muchas mujeres y niños que también regresaban a España. Había de todas las provincias y solamente nosotras tres éramos catalanas.

A pie, atravesamos el puente que dividía Hendaya de Irún. Nos pareció larguísimo. Los gendarmes, (en) burla y con poca humanidad, nos decían: *Franco vous coupera la tête*, y nos señalaban que nos iban cortando las cabezas y que al otro lado del puente nos esperaban los moros. La entrada como exiliada a Francia fue una tragedia. Pero más incierto y temeroso era cómo seríamos recibidas en nuestro país. Todas estábamos asustadísimas y, al llegar al final del puente, empezamos nuestro bautizo de rojas.

Nos internaron en un campo de concentración a la intemperie, pero esta vez no nos helaríamos de frío como en Argelès-sur-Mer, pues estábamos en pleno verano. Preguntas y más preguntas: ¿por qué habíamos huido de nuestro país?, ¿a qué partido político pertenecíamos?, etcétera. Nos fotografiaban de cara, de perfil, enteras. Total, que quedamos archivadas y marcadas para siempre, amen.

Primero nos dividían en grupos, y la permanencia en el campo de concentración de Irún dependía de los informes que recibían de cada una. Cada día salía un tren de carga, tipo transporte animal, y casi se vaciaba el campo; pero nuevamente iban llegando más refugiados. Mis informes debían ser fatales porque a los tres días salieron para Cataluña mis dos compañeras, Angelina, de Barcelona, y Antonia, de Tarragona, pero a mí me dejaron nuevamente en el campo.

La despedida fue muy angustiada. Habíamos permanecido juntas dos años en los hospitales, y un año y medio, refugiadas en un país inhóspito, pasando toda clase de peripecias trágicas y divertidas, pero siempre juntas. Al final, yo era la que estaba marcada por roja y no podía marcharme. Teníamos veinte años. Nos habían robado cuatro años de nuestra vida, que nunca más pudimos recuperar. Cuando me quedé sola, perdí la esperanza de volver a mi casa.

Cada día (llegaba) gente nueva. La rutina diaria: (antes de) cada comida, nos hacían poner firmes y cantar el *Cara al sol*, con un sol y un calor sofocante, y con la mano derecha arriba. ¡Las veces que (vino) a mi recuerdo que, en el hospital de La Sabinosa de Tarragona, por culpa de aprender himnos fascistas por poco me encierran por espía!

Por fin llegaron mis informes, que por lo visto no podían ser más negativos. Mi padre (estaba) en la prisión; mi hermano, prisionero en un campo de concentración de Las Palmas de Gran Canaria; otro, que había regresado de Galicia donde cayó prisionero, estaba tuberculoso; un cuñado,

prisionero, y otro, desaparecido. Mi traslado fue a Barcelona, (al) pabellón de las Misiones de Montjuic, construido para la Exposición Universal de 1929. En aquel pabellón, lleno de mujeres, volvías a pasar el mismo suplicio. Interrogatorios, fotos, huellas digitales, etcétera. Estábamos totalmente incomunicadas con el exterior y la estancia se hacía larga y amarga. Por fin me llaman, diciéndome que ya tengo los papeles arreglados para poder subir hacia mi pueblo. Pero los papeles que me dieron tenía que presentarlos a la guardia civil de mi pueblo.

Me custodiaron hasta la estación de Francia y ya por fin me veía librada de tantos contratiempos. (Pero) la llegada a mi casa fue tristísima. Parecían cadáveres vivientes, miserables, despreciados y marcados como rojos. Les dije a mi madre y a mis hermanas: “Valor. Trabajaremos todos para sacar (a) estos niños de la miseria”. Tenía tres sobrinos y tenía una hermana muy joven.

”Hoy mismo tienes que presentarte en el cuartel de la guardia civil, pues ya les han comunicado que (has) llegado”. Me presenté y les entregué los papeles que me dieron en Barcelona, y vuelta a empezar el interrogatorio. Ya me habían interrogado cantidad de veces, pero me asusté porque nunca había sido delante de la guardia civil. Parecía como si hubiera cometido algún acto criminal. Yo les hablaba en catalán, pues al teniente le conocía del pueblo (y), aunque mayor que yo, le conocía como (a) un chico más. “¡Hable el idioma del imperio!”, me decía. Preguntas y más preguntas: ¿cómo, por qué había sido enfermera de los rojos?

Al final, me puso tan nerviosa que le contesté: “Oiga, si al estallar la revolución no se hubiera escapado del pueblo, también hubiera sido rojo. Yo he trabajado con los rojos en muchos hospitales (donde) también curábamos (a) heridos nacionales, y tanto vosotros, como los alemanes y los italianos, todos tenían la sangre roja; así que rojos lo somos todos”. Con rabia y con coraje, le dije que cuando estudié para enfermera nunca leí en ningún libro que curara o salvara a alguien en particular, sino que mis deberes eran cuidar a todos en general.

En aquel momento no comprendía que un hombre joven, aun perteneciendo al cuerpo de la guardia civil, pudiera hablarme con tanto odio. Más tarde me enteré (de) que le habían fusilado a su padre, a la mañana siguiente de estallar la revolución. Por eso él estaba al mando del pueblo: “Roja, más que roja. Mañana por la mañana se presentará en Casa Cendra y, después de cortarle el pelo al cero, se pondrá a las órdenes de los falangistas y trabajará en lo que le manden”.

Llegué a mi casa desesperada y le dije a mi madre: “Por qué me has reclamado viendo las cosas como estaban?”. La abracé y le dije: “Esta misma noche me marché a Barcelona. Allí me ayudarán y, además, nadie me conoce y podré encontrar la manera de trabajar. Aquí todo sería inútil”. Ellas me decían: “No, no, no te vayas. En Barcelona pueden pasarte muchas cosas”. “Madre —le dije—, hace cuatro años que voy por el mundo y me he tenido que defender por mí misma”. Me miraban, mi madre y mis

hermanas, con cara de miedo. “Sé lo que pensáis, pero no, eso no. Tengo mucha experiencia y en Barcelona tendré posibilidades ya que conozco gente que me puede ayudar”.

Un amigo de casa me contó que había una señora que se dedicaba al estraperlo y que cada noche, a pie para no ser descubierta, se iba al pueblo de Santa Coloma de Farners, desde allí cogía un coche de línea hasta Sils y, a primera hora de la mañana, cogía el tren para Barcelona. Fui a su casa, le expliqué mi situación, y me dijo que le parecía bien y que ella misma me acompañaría (a) casa de mi amiga. La despedida (fue) muy triste; pero ya había tomado mi decisión; no estaba dispuesta a aguantar tanta humillación, pues no había cometido nada vergonzoso ni era criminal de nada. Aceptaba la derrota, pero nada más.

Mi amiga y compañera de guerra ya estaba trabajando como enfermera en el hospital de la Cruz Roja. Ella no tuvo ninguna dificultad al regresar a Barcelona; gente muy solvente del Movimiento nacional la había avalado. Toda su familia me animaba (a) que con el tiempo encontraría (a) alguien que me consiguiera un aval, cosa que yo veía muy difícil.

Investigué por mi cuenta la dirección de uno de los médicos (con los) que había trabajado, pues algunos habían sido desterrados (a) algún pueblo, sin derecho a permanecer en Barcelona. Me presenté y le conté mi situación. Lo comprendió al momento, pues sabía (de) muchos casos (en los que), sin un aval del régimen de Franco, era imposible presentarte a exámenes y volver a trabajar. Su especialidad era ginecología y tocología, aunque durante la guerra trabajó como cirujano. Tenía su clínica particular y claramente dijo: “En la clínica es peligroso, porque eres tan gafe que a lo mejor alguien de tu pueblo viene a mi consulta, te descubre, y a mí me meten en la cárcel” —esto lo decía bromeando—. “Pero tengo una solución. Tengo clientas muy ricas y, cuando dan a luz en su domicilio, quieren una enfermera particular”. Asistí junto a él los partos a domicilio, pues, en aquellos tiempos, casi todos los partos se asistían en casa, salvo los casos difíciles.

Tenía una clienta, por cierto millonaria, que cada año daba a luz (a) un hijo, menos los últimos, que fueron dobles, es decir, mellizos. Así que tenía los bebés tan seguidos que quería una enfermera que la cuidara a ella y que más tarde (estuviera) al cuidado de los hijos. Aunque tenían nodrizas que les amamantaban, yo estaba al cuidado de ellos. Me pidió por favor que me quedara permanente, pues estaba muy contenta de mi trabajo. Entré en esta familia (cuando) tenían dos niños y vi nacer (a) seis más.

El doctor vio (aquí) mi solución: así estaría más tranquila y con una muy buena familia. Les expuse mi situación y los problemas políticos, pues era lógico que se enteraran y por nada del mundo quería causarles problemas. Fueron muy comprensivos; inclusive me dijeron que si algún día me encontraba con problemas, ellos responderían por mí. Me querían mucho, y viví con ellos y cuidé de sus hijos hasta que me casé.

\* \* \*

Estas memorias las he escrito con sencillez y sinceridad. Doy las gracias a mi amiga Capi Corrales. Si no hubiera sido (por) ella, que me lo sugirió, nadie se habría enterado de unos hechos que fueron vividos en nuestra guerra civil; (para que), si algún día alguien se interesa por ellos, los lea. Muchas gracias.